

Y Colon quedó solo en su aposento con el amante de Isabel Monteagudo, que así se llamaba la joven que disfrazada había llegado á su presencia y le había revelado tan doloroso secreto.

Capítulo XLVI

Perfidia y generosidad.

Alonso Velez de Mendoza era un hombre de treinta y cuatro á treinta y seis años, y había llamado la atención de Colon, porque era uno de los que con más entusiasmo se habían prestado á seguirle.

Como no había mucha gente de quien echar mano, al hacer el alistamiento no se habían preguntado antecedentes.

Así es que al lado de un hombre de bien iban á cruzar la inmensidad de los mares muchos que, sin aquella circunstancia, hubieran pasado su vida remando en las galeras, ó hubieran tenido que perecer de una manera afrentosa.

Sin embargo, Alonso Velez de Mendoza había parecido, desde el principio á Colon y á los Pinzo-

nes, un hombre superior á sus demás compañeros.

Su porte demostraba que habia nacido en el seno de una buena familia, y la amabilidad de su trato, la experiencia de las cosas de la vida que demostraba en sus palabras, los conocimientos generales que poseía, habian conseguido que los jefes de la expedición le distinguieran desde el primer momento.

Colón se habia fijado en él, pero no sabia su nombre.

Grande fué su asombro, por lo tanto, al ver que despues de mandar buscar á Alonso Velez de Mendoza, se presentó á su vista aquel hombre que bajo tan favorables auspicios habia sido alistado.

—Razon de más para que yo logre mi objeto,— se dijo Colón.

Y haciéndole sentar:

—Van á sorprenderos mis palabras,— añadió;— pero la Providencia ha querido que yo conozca un doloroso secreto de vuestra vida, y como creo no haberme equivocado al juzgaros, si antes de empezar el largo viaje puedo contribuir á que descargueis vuestra conciencia de un enorme peso, tendré una satisfaccion más que agradecer á Dios.

Este lenguaje sorprendió grandemente á Velez de Mendoza, pero ya era hombre ducho.

Tenia bastante serenidad, y como su vida estaba llena de secretos, todos dolorosos, no pudo imaginar á qué aludia su jefe, y mostrando extrañeza:

—No sé qué quereis decir,— exclamó.

—¿Vuestra conciencia está tranquila?

—Si he de deciros la verdad, no mucho. Desgracias de mi vida me han obligado á no portarme siempre como hubiera querido.

—Pláceme esa franqueza, porque me prueba que no es exajerada la opinion que he formado de vos. Esto me anima á deciros el secreto á que me refiero, para pedirós despues que cumplais un deber.

—Hablad, señor, hablad,—dijo Mendoza.

Apenas pronunció Colón el nombre de la jóven:

—No prosigais,—interrumpió el taimado Alonso Velez,—esa es una de las páginas más tristes de mi vida.

Si habeis conocido á esa mujer, si os ha hablado de mí, me habrá presentado á vuestros ojos como el hombre más infame del mundo. Las apariencias me condenan; las apariencias justifican su rencor; pero no me juzgueis sin oirme.

Yo amaba á esa mujer; la amo aún, y creedme, que si he tomado la resolucion de embarcarme con vos, dispuesto á sucumbir el primero, es porque su recuerdo me persigue, porque va á volverme loco, porque estoy seguro que si llegamos á encontrarnos en el mundo, tendria más valor para atentar á mi vida, que para oir sus quejas.

—¿Cómo podeis explicar entónces vuestra conducta?

—La fatalidad es la causa de todo.

Resuelto á ser su esposo, aguardaba á ganar un pleito que tenia pendiente mi familia para darle mi mano, cuando una noche entré en su casa.

A poco nos sorprendió su padre. Creyó mancillada su honra, y sacó su espada.

Yo, para defenderme, saqué la mia; quise parar los golpes de su airado enojo, y la fatalidad quiso que con mi espada le atravesase.

Necesitando huir de Sevilla para que la justicia no se apoderase de mí, la deposité en una casa con ánimo de volver inmediatamente por ella, despues de haberme proporcionado los recursos necesarios para emprender un largo viaje.

Pero no bien llegué á mi casa, la justicia, que me espiaba, quiso prenderme, saqué de nuevo la espada para defenderme, é hice frente al Santo Oficio. La noche estaba oscura y pude evadirme; pero me ví obligado á partir inmediatamente, y cuando dos dias despues volví á buscarla, á su vez habia huido.

Entonces fué cuando supe que la infame mujer á quien la habia confiado, habia tratado de abusar de su triste posición.

¿Qué hacer entónces? Perseguido, sin recursos, sin saber dónde hallarla, no tuve más remedio que pasarme al campo de los moros, en donde fuí aprisionado, cargado de cadenas y considerado como cautivo.

En un calabozo de la ciudad de Málaga estuve, hasta que los reyes, mis augustos amos, apoderándose de la ciudad, libertaron á los cautivos.

Desde entónces, indultado por la real munificencia, no he hecho más que buscar á Isabel para reparar mi falta.

No la he hallado; pero cuantas personas la cono-

een y la han visto, saben que me ódia á muerte, y sólo anhela mi esterminio.

Yo hubiera arostrado su furor; pero en la seguridad de que no ha de perdonarme, he preferido venir aquí, partir en vuestra compañía, ganar honra y provecho á vuestro lado, para volver á buscarla, implorar su perdon, y hacerla la más feiiz de las mujeres, ó perecer en vuestra compañía, y llevar á la tumba este recuerdo doloroso que me mortifica.

—¿Es sincero vuestro arrepentimiento?

—Podeis creerlo, porque os hablo como si estuviera en el último instante de mi vida.

Soy pobre, muy pobre; he perdido toda mi fortuna; no podria ofrecer hoy á esa desventurada mujer más que una existencia trabajosa, llena de penalidades. Por eso quiero ir con vos, por eso os pido, que si algo os interesan mis desdichas, no me abandoneis en la hora del triunfo, ni me impidais ser el primero en el combate, si fuese necesario pelear, para borrar con mi muerte el ódio que inspiro, ó para obtener con mis merecimientos los medios de enjugar lágrimas, que aunque se vierten por causa mia, me duelen más que si salieran de mis propios ojos.

Hablaba Alonso Velez con tal contricion, con tal acento de sinceridad, que Colon le creyó de buena fé, y revelándole que se hallaba en el monasterio disfrazada Isabel Monteagudo, le exhortó á que se reconciliaran.

Alonso Velez manifestó una inmensa gratitud hácia Colon por la proposicion que acababa de hacerle,

y poniéndose bajo su amparo, ofreció seguir al pie de la letra todos sus consejos.

Colon llamó al superior del convento, le informó de lo que pasaba, y resuelto como él á llevar á cabo aquella reconciliacion, en tanto que Alonso Velez, á instancia suya, confesaba y comulgaba en el monasterio, Fray Juan Perez de Marchena y Colon buscaron á Isabel y la refirieron lo que acababa de decirles Alonso Velez, y lograron calmar su indignacion, predisponiéndola á la piedad.

Cerca del monasterio habia una casa de labor donde vivia una anciana.

En aquella casa, por recomendacion del prior, fué recibida Isabel, cambió el traje que llevaba por el de su propio sexo, y aquella misma mañana, en una capilla del monasterio, con el mayor secreto, se verificó la reconciliacion y el casamiento de Alonso Velez é Isabel Monteagudo.

Despues de oír con benevolencia las explicaciones de su antiguo amante, se despidieron, é Isabel volvió al lado de la señora que la protejia, para aguardar la vuelta del que ya era su esposo.

La despedida fué tierna, cariñosa.

Isabel creia en la lealtad de Alonso.

Alonso, sin embargo, no habia hecho más que doblegarse á las circunstancias, pronunciando un juramento que no pensaba acatar, y aprovechar aquella coyuntura para alcanzar el favor de Colon y obtener á su lado las ventajas que le prometia su privanza con el almirante.

Pero se guardó muy bien de dejar traslucir estos malvados propósitos, y fingió hasta el último momento una contricion que contribuyó á aumentar el aprecio que ya le tenia Colon, porque consideraba su resolucion como el primer paso que daba por la senda que se habia propuesto emprender, animado por la más pura fe cristiana.

Antes de despedirse de Colon, Isabel le ofreció pagarle aquella deuda de gratitud, y partió al lado de su ama, que era la marquesa de Moya, á quien ya conocemos, y á quién más tarde volveremos á ver en escena.

El tiempo volaba con rapidez para los habitantes de Palos, que se veian próximos á separarse de sus deudos y amigos.

Pero con lentitud para Colon que anhelaba darse á la vela y realizar el propósito de toda su vida.

Al fin amaneció el dia 3 de Agosto.

Las carabelas estaban armadas y pertrechadas, y aguardaban en el puerto el momento de recibir á los que debian albergar para cruzar las inmensidades del Océano.

Aquel dia era al mismo tiempo un dia de luto y de alegría para el puerto de Palos.

Formados en la plaza los ciento veinte hombres que debian tomar parte en la expedicion, se despedian de sus amigos y parientes, y las lágrimas y las frases de dolor se confundian con las careajadas y los chistes de los que, no teniendo nadie que se interesase por ellos y nada que perder, encontraban en la expe-

dicion algo que iba á alterar la monotonía de su vida ociosa.

Las campanas de la iglesia de San Jorge resonaron en el espacio.

El prior de la Rábida iba á decir la misa para los viajeros y á bendecirles antes de partir.

Colon, con todo su Estado Mayor, compuesto de los Pinzones, de los pilotos y de los funcionarios que debían acompañarle, llegó hasta el átrio de la iglesia por medio de dos filas de personas que le miraban con admiración, pero con tristeza.

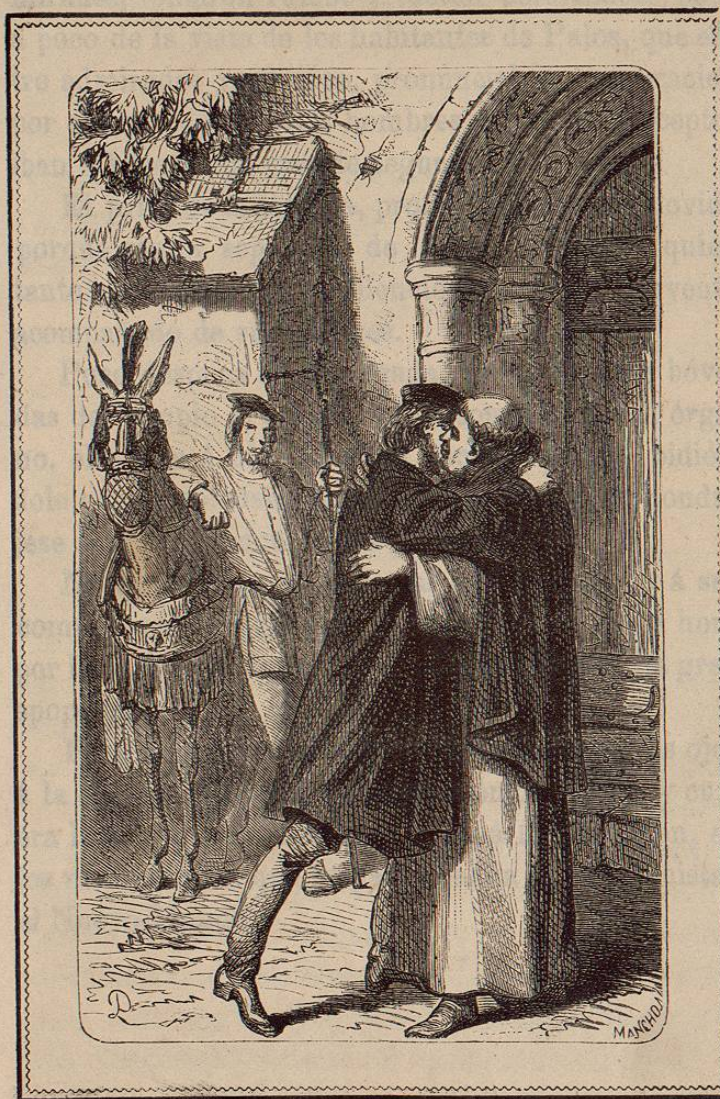
Los marineros, sus familias y los demás habitantes del pueblo penetraron en el templo, asistiendo con el mayor recogimiento á la ceremonia religiosa.

Terminada la misa, el prior de la Rábida, con todo el clero, se dirigió á la playa, y seguido de los navegantes y de la muchedumbre, bendijo solemnemente las carabelas.

Comenzó, pues, el embarque, dirigiéndose Martín Alonso Pinzón á la *Pinta*, su hermano Francisco Martín á la *Niña*, y Colon, después de estrechar en sus brazos al prior de la Rábida y á los monges, á quienes tantas pruebas de adhesión y cariño debía, se embarcó en la *Santa María*, con el alguacil Diego de Arana, el notario real Rodrigo de Escobar, y Alonso Velez de Mendoza que, desempeñando su papel, manifestó deseos de estar siempre á su lado para ser su más leal y adicto servidor.

Las campanas tocaron á vuelo.

Las carabelas, siguiendo á la embarcación del al-



CRISTÓBAL COLON -...se despide de su noble amigo
antes de ir á embarcarse á Palos.

mirante, tomaron rumbo y fueron perdiéndose poco á poco de la vista de los habitantes de Palos, que entre admirados y aflijidos, pronunciaban una oracion por el alma de aquellos hombres que en su concepto, iban á buscar una muerte segura.

El prior de la Rábida, profundamente conmovido porque sentia separarse de aquel hombre á quien tanto estimaba, volvió silenciosamente al convento acompañado de sus monges.

Poco despues de su llegada resonó bajo las bóvedas del templo el cántico que, acompañado del órgano, elevaban á Dios aquellos santos varones, pidiéndole que se apiadara de los navegantes, y los condujese á la realizacion de sus proyectos.

No tardaremos en hallar al ilustre Colon y á sus compañeros de viaje para asistir dia por dia y hora por hora á todos los acontecimientos de aquella gran epopeya.

Pero antes es preciso que volvamos nuestros ojos á la córte de España, y veamos cómo quedaba y cuál era la suerte que en ella esperaba á Diego Colon, en los momentos en que su padre partia para conquistar el Nuevo-Mundo.



CRISTÓBAL COLON... se despidió de su noble amigo
antes de ir á embarcarse á Palos.